



EL VIAJERO EN “EL HOMBRE QUE VINO DEL RÍO” (MEMORIAL DE LA PUNA) DE HÉCTOR TIZÓN

ALEJANDRA LIÑÁN

Universidad Nacional del Nordeste

(Argentina)

RESUMEN

El motivo clásico grecolatino es recurrente en las obras de Héctor Tizón. El viaje, el exilio y el regreso al origen son elementos centrales en su narrativa, en la que se integran de manera estructural y significativa. La narración del viaje remite, reiteradamente, al modelo del periplo de Odiseo.

Una de las instancias del viajero se manifiesta en el motivo de la llegada de un hombre a un pueblo. Aquí nos ocuparemos del episodio narrado desde la perspectiva del anfitrión, en “El hombre que vino del río” de *Memorial de la Puna* (2012), donde se retoma un personaje secundario de *La belleza del mundo* (2004).

Se planteará que, en el marco de una obra narrativa y ensayística en la que la parte remite al todo y en la cual se reitera el viaje como metáfora de la vida, el presente relato especifica una configuración de la identidad perfilada en el encuentro y contraste con la alteridad.

ABSTRACT

The Greco-Roman classical motif is recurrent in Héctor Tizón’s works. The trip, exile and return to origin are central elements in his narrative, which



are integrated structurally and meaningfully. Travel narration refers repeatedly to the model of the journey of Odysseus.

One of the instances of the traveler is manifested in the occasion of the arrival of a man in a village. Here we focusing on the episode narrated from the perspective of the host, in "El hombre que vino del río" of *Memorial de la Puna* (2012), where a minor character in *La belleza del mundo* (2004) is resumed.

We propose that, in the context of a narrative and essays in which the party refers to the whole and in which the journey represent a metaphor for life, this story specifies a configuration of the identity in the encounter and contrast with otherness.

PALABRAS CLAVE:

Motivo-Clásico-Viaje-Odisea-Héctor Tizón.

KEYWORDS:

Motif-Classical-Trip-Odyssey-Héctor Tizón.

El motivo clásico grecolatino no es un componente secundario en las obras de Héctor Tizón, sino que se integra de manera estructural y significativa en el relato del viaje, ya sea como huida, exilio o regreso al origen, elementos centrales en su narrativa.

La narración del viaje, en particular, remite al modelo de Odiseo en su periplo y se especifica como un itinerario hacia el encuentro de la identidad, expresado también en la recurrencia a la metáfora de "la cicatriz de Ulises" en sus artículos y textos autobiográficos.

Se observa en su narrativa la presencia del motivo de la llegada de un hombre a un pueblo, recurrente en varios de sus relatos. En este trabajo nos



ocuparemos del episodio narrado desde el lugar del “viajero sedentario”, del anfitrión, quien ve, recibe y da hospitalidad al que llega de paso, en “El hombre que vino del río”, incluido en el “Cuaderno uno” de *Memorial de la Puna*.¹

Paralipómena

El relato del “Cuaderno uno” retoma un episodio y un personaje secundario de *La belleza del mundo* (2004). Es una parte desprendida de la novela, pero en el continente de una obra literaria donde la parte remite al todo.

Lo secundario o lo marginal se traslada al centro en los παραλειπόμενα de *Memorial de la Puna*, libro especial en su cruce de géneros, donde se pasa sin transición de las memorias autobiográficas del escritor al relato ficcional, del testimonio de hechos ocurridos en la Puna, olvidados por la historia oficial, a la despedida del escritor en el Epílogo.

El concepto de *paralipómenos*,² empleado en el título del “Cuaderno seis” del libro, es útil para definir la composición de esta última instancia en su obra literaria. *Memorial de la Puna* incorpora al fluir narrativo partes desgajadas de textos anteriores u olvidadas por proyectos de escritura ya realizados. Al considerarlo desde la perspectiva que proporciona el final de la trayectoria creativa del autor, se puede afirmar que la producción narrativa tizoniana integra cada una de las partes en la totalidad de una poética y una visión del mundo.

Por eso, en el marco de una obra narrativa y ensayística en la que se manifiesta sostenidamente el viaje como metáfora de la vida, también se justifica plantear que, en la insistencia y confluencia de “el hombre que vino

¹ Tizón (2012: 15-25).

² El diccionario de la RAE documenta el uso en español de ‘paralipómenos’ y aclara: (Del lat. *paralipomēna*, y este del gr. παραλειπόμενα, cosas omitidas), suplemento o adición a algún escrito. El término *paralipómena* ha sido empleado por diversos autores, en los títulos, para indicar añadidos, suplementos o apéndices.



de...”, “el hombre que llegó a...” o “el hombre que se va o escapa”, además de un enunciado que se reitera, la imagen del viajero se configura como un motivo (el viajero fugado, exiliado o desesperado, que llega a un lugar, conocido o desconocido) cuyos alcances en la significación remiten al encuentro y contraste de la alteridad y la identidad.

En el conocimiento o desconocimiento del que llega a un sitio, con prevenciones, que muestra y oculta a la vez, o en la astucia de la observación, del análisis y la desconfianza hacia el otro, pero también en la hospitalidad del que lo ve llegar y lo recibe, en todo ese entramado de relaciones, se urde algo profundamente humano. Se perciben ecos del viaje de Odiseo, de sus sucesivos arribos como ξένοϛ a sitios desconocidos, dados a conocer por el héroe mismo en los apólogos y también en su llegada a Ítaca, en narraciones que evidencian los rasgos de desconfianza y prudencia permanentemente puestas en juego, pero también de la hospitalidad que proporciona un refugio al necesitado.

En la narrativa tizoniana, los hombres de la Puna son hospitalarios y practican consuetudinariamente los ritos apropiados para recibir al que llega, así como se acostumbraba en el mundo homérico. El primer diálogo entre el visitante y el huésped³ en “Cuaderno uno” de *Memorial de la Puna* es una breve escena que nos transporta inmediatamente a la llegada de un extranjero en *Odisea*. Pero enteramente actual en el tono de angustia, soledad casi absoluta y alienación del mundo que emana del viajero que llega.

El personaje “que llega del río” deviene del hombre que ocupaba un rol secundario en el episodio de *La belleza del mundo* (2004) en el cual Lucas, el protagonista, vivenciaba una especie de incursión en el infierno humano al atisbar, por la lectura de la libreta olvidada por el otro viajero, la desgracia experimentada por ese hombre a quien apenas conocía pero de quien presintió

³ Tizón (2012: 17).



la angustia y la desdicha sin límites. El protagonista de la novela estaba viviendo una estancia de trabajo en una compañía naviera, cuyo propietario, al modo del rey de los feacios de *Odisea*, le había ofrecido la mano de su hija.

Después de este episodio, Lucas iniciaba conscientemente un movimiento de regreso y, más adelante, de reencuentro consigo mismo.⁴

“El hombre que vino del río”

Decíamos que el relato del “Cuaderno uno” retoma, como un gajo desprendido del árbol, un episodio y un personaje secundario de *La belleza del mundo*. Es una señal, una “cicatriz de Ulises”,⁵ marca de la continuidad de su poética a la cual el mismo Tizón venía remitiendo en los textos escritos en la última etapa de su vida. En el contexto de su obra, “la cicatriz de Ulises” deviene metáfora de la identidad que se construye, en lo cercano e inmediato, pero también en lo lejano, por la distancia en el tiempo y por el recorrido realizado; en lo que es familiar y en contraste con lo extraño y diferente.

El anfitrión dice del recién llegado que es “un hombre extraño”, lo que permite conceptualizarlo como el ξένος que llega a un pueblo o caserío.

Al recibirlo, pone en práctica una acogida hospitalaria, ofreciendo los escasos dones que posee para obsequiar a su huésped. Tal como en una escena característica de *Odisea*, cada vez que Odiseo llega como extranjero a un lugar desconocido, se pregunta por la procedencia y por la meta o destino del visitante. Aunque se invierte el orden habitual de la bienvenida hospitalaria

⁴ Liñán (2014: 637-643).

⁵ Héctor Tizón tituló “La cicatriz de Ulises” al prólogo de la reedición de *A un costado de los rieles*, su primer libro publicado, realizada 40 años después (2001); el texto también fue incluido en el Apéndice de la edición de sus *Cuentos completos* (2006), junto con sus notas de escritor y otro prólogo.



homérica,⁶ ya que las atenciones al huésped se efectúan después de la interrogación. Así:

Desde alguna distancia lo vi y hablamos:

- ¿De dónde vienes?

Él me miró, como asombrado de que alguien le dirigiese la palabra.

- De la iglesia - contestó.

- ¿Y adónde vas?

- No lo sé. Hace mucho que no lo sé ni me importa.

- ¿Vas solo?

- ¿No lo estás viendo?

- ¿Puedo ir contigo?

- Debes ir por tu lado. (Tizón 2012: 17)

El interrogado no se da a conocer sólo por cautela, como hacía Odiseo, sino que, ajeno a un contexto épico, su itinerario no ha sido heroico. Por el contrario, después de esta demostración de indiferencia, no se hará el recuento de las hazañas realizadas o de grandes experiencias vividas, porque el camino emprendido es una huida de sí mismo, una fuga de su pasado. El proceso de su vida se parece, en mayor medida, al del personaje trágico en su caída.

Sólo conocemos de la historia del personaje una parte, y por esa parte atisbamos el sinsentido de su derrotero. La porción que nos toca conocer nos muestra la tragedia de su pasado y su vida vacía, antes de atravesar la frontera y sin tener un adelanto de adónde continuará su vagabundeo.

En la huida de su pasado coincide con el protagonista de *La belleza del mundo*, quien también había dejado su tierra huyendo de la vida anterior, cotidiana, para olvidar la traición de su esposa y el dolor que le había provocado su abandono.

Además, para “el hombre que vino del río” la tragedia de su vida es tal que ya no tiene reparación. Su falta ha sido tan grande y tan insoportable de aceptar

⁶ De Jong (2004). Cf. los comentarios a los versos de *Odisea* 1.113-135 (“reception of a guest”), *Od.*1.123-4 (“welcome speech”); la introducción al *Book six* (específicamente p. 151); en particular, el comentario a *Od.*14.45-7, donde indica los “typical elements of welcome speech” (345).



para sí mismo, que es una suerte de Edipo errabundo, pero sin un destino final donde se lo acogería por voluntad de los dioses. En su mundo actual, sin la perspectiva de salvación que le ofrecería una creencia que trascendiera lo humano, en una pura existencia en su errancia de vagabundo, parece no haber expiación posible.

De sí mismo sólo presenta ante el otro la imagen del desgraciado: “No tengo opiniones, soy un pobre desgraciado y sólo me queda huir, esconderme en el desierto.” (Tizón 2012: 18)

El narrador dice sobre este hombre: “...vi en sus ojos la tristeza del mundo” (2012: 24). El personaje es aquel que Lucas, el protagonista de *La belleza del mundo*, había conocido en su vida de marinero. En aquella novela, ese hombre oscuro y huraño que dejaba olvidada una libreta de anotaciones, conmovía a Lucas. En aquella instancia, se sugería que estaba viviendo una gran desventura, pero no se sabía con certeza qué le había pasado. Avanzando el relato, fuimos testigos de que la lectura de su libreta negra fue para Lucas como un descenso al infierno de otro, que impulsó un cambio de dirección en su propio viaje. Había iniciado el movimiento de regreso; a partir de entonces, su derrotero tomó un sentido diferente y pudo empezar a comprender “la belleza del mundo” (Tizón 2004: 166) y encaminarse al reencuentro de su lugar en el mismo.

En el nuevo relato, el narrador también sentencia que “la finalidad de la vida de un hombre es atisbar, sospechar o presentir la belleza del mundo.” (2012: 23-24) Sin embargo, el “otro” opera como contraste, puesto que esta clase de viajero representada por “el hombre que vino del río” no puede alcanzar esa belleza, no puede regresar ni reencontrarse en su propia tierra con una identidad renovada, sino que su ser es solamente un vivo dolor.

El “viajero sedentario”



En el espacio del prólogo de *Memorial de la Puna*, la voz del autor caracteriza a los puneños con el oxímoron “viajeros sedentarios” (2012: 13), en el cual se encuentran los opuestos. Al respecto, es productivo para la interpretación remitir a los dos tipos de narradores, el sedentario y el viajero (marino) con que Walter Benjamin (1991: 114-134) caracterizó las variantes fundamentales de la narrativa de la experiencia a lo largo de la historia humana. La noción compleja aportada por Tizón reúne a ambos “viajeros” en el narrador, permite la conciliación de los contrarios y, así, abarcar a los dos interlocutores en una sola entidad.

En el relato que nos ocupa, se aprecia algún rasgo de la condición de “viajero sedentario” del anfitrión, ya que asegura: “Ahora es mi pueblo.” Se infiere que también es alguien que ha huido antes y que ha encontrado en San Marcos un refugio.

Dice: “De aquí la frontera está a cien pasos andando, pero puedo darte un lugar si estás cansado como yo.” (2012: 19) Numerosas suposiciones surgen del coordinante adversativo (pero) que relaciona ambos enunciados. El anfitrión presupone que el visitante se ha acercado a la frontera para cruzarla, para una fuga, pero, a la vez, se iguala a él al suponer también que está “cansado” y le ofrece su hospitalidad. El lector completa las numerosas variantes que puede incluir el término “cansado”, ya que no se trata solamente de la fatiga del viaje, sino que llega a connotar el cansancio de la vida. Imagina que a ambos les da lo mismo seguir adelante que quedarse, que no les importa la vida ni morir, que viven en una *provisoriedad definitiva* (valga aquí también el oxímoron).

El narrador de “El hombre que vino del río” une ambas caras de la situación de hospitalidad, la conjunción en una sola identidad del que llega y el que recibe, cuando se confiesa (o se le revela): “Este hombre, al que he dado hospedaje sin que lo pida, es de alguna manera yo mismo.” (2012: 20)



Por el relato, conocemos entre los rasgos del anfitrión su soledad, aparentemente buscada como retiro para escribir. El lector comprende que hospeda al “otro” porque se identifica con el visitante. En el juego de la identidad y la alteridad, se manifiesta que el “otro” es “él mismo”. En ese otro, a quien recibe como un extraño, al que no conoce, se ve, sin embargo, a sí mismo.

La vida de un hombre se resume en una “triste historia”

Al modo homérico, dice el narrador: “...me refirió, al cabo de mi pregunta, su triste historia.” (2012: 19) El que la relata autobiográficamente es caracterizado como “Aquel hombre silencioso y dócil como un animal apaleado”.

El viajero homérico se presentaba ante extraños y conocidos como extranjero y como mendigo, sin la figura semejante a los dioses que era la esperable. En cambio, el hombre del relato tizoniano difiere de aquél en que, por más que se presenta como desconocido o extraño, no disfraza su condición para prepararse para el logro de sus propósitos, sino que es, en verdad, un hombre doliente.

En la clasificación de los discursos de *Odisea*, aportada por Graciela Zecchin (2004: 117-119), analiza los relatos biográficos que narran padecimientos e infortunios, los relatos de κήδεα, como un dato ideológico de una óptica diferente sobre la existencia humana que aportan las biografías apócrifas contadas por Odiseo, contrapuestos o alternativos al relato de la vida heroica que se centra en producir κλέος (2004: 119).

Para el Odiseo doliente, en el contexto heroico, se agregarán nuevas pruebas que el héroe soportará. En el contexto no heroico del relato contemporáneo, aportan una definición de la existencia humana, vista como los movimientos sin sentido (sin finalidad, sin τέλος) de “locos” llevados y traídos por el peso de una culpa, mera existencia de seres sufrientes, pero que, quizás, son los únicos que conocen la verdad o se conocen a sí mismos, como había alegado el



protagonista de *La belleza del mundo*, en el capítulo del cual se ha desprendido el relato que ahora nos ocupa:

El mundo está lleno de locos que no saben lo que quieren, dijo el patrón. No, dijo Lucas. El patrón lo miró, como asombrado de que hablase. Digo, dijo Lucas, que los locos son los únicos que saben lo que quieren. (Tizón 2004: 123)

En aquel episodio de *La belleza del mundo*, aparecía la imagen del mar como metáfora de la vida: “Entonces el ruido del motor era como un rugido ahogado, y la oscilación del barco en el mar era como la vida, como el ritmo de la vida.” (2004: 115)

Es indudable la relación con los sufrimientos de Odiseo en el mar, los que se anuncian en el proemio, se desarrollan desde el canto V al XII y se continúan en las biografías apócrifas una vez llegado a Ítaca.

Cuando se narra el momento de la determinación del protagonista de seguir al patrón de la barca, se afirma que: “Así comenzó un largo vínculo, que llevó a Lucas a conocer no sólo el ancho río sino el mar” (2004: 115). Una vez que Lucas ha vivido esta experiencia y conocido el mar, y el dolor de los hombres, sobre todo al extraño hombre del perro y la libreta de tapas negras, que se había marchado sin avisar ni dejar rastros, al finalizar este episodio, empieza un movimiento de regreso y se revela a sí mismo que “ahora, después de tantos años, [...] conocía a todos los hombres...” (2004: 127), como se dice del viajero inmortal, Odiseo, en el proemio de *Odisea*.

También es interesante apuntar que, en el verso inicial, todavía no se lo identifica como Odiseo, sino que es un hombre, *άνδρα*, que es genéricamente todos los viajeros. El varón que mucho tiempo anduvo errante y padeció dolores.



Zecchin muestra los contrastes entre el varón sin nombre del proemio con la construcción de la identidad de Odiseo (2004: 82, 124) por medio de los discursos autobiográficos y de otros narradores a lo largo del texto homérico.

Siguiendo estos parámetros, vemos que, en cambio, “el hombre que vino del río” sigue sin nombre propio hasta el final del relato. Su narración autobiográfica ante su huésped no tiene la funcionalidad de otorgarle un nombre glorioso, ni siquiera un rol destacado entre los demás hombres. Sabemos muy poco de su fortuna en el pasado, sólo conocemos su “vida desgraciada” (2012: 20); es decir que la identidad que se configura o moldea por la breve y poco pormenorizada autobiografía es la de un hombre con un “aciago destino” (2012: 20).

Este hombre, que había conocido “la llamada del desierto o del mar”, ahora tiene un destino que ha asimilado al castigo de Dios por una culpa. El mar es sustituido por “la aridez del desierto [que] es el castigo por el pecado de desobediencia” (2012: 21).

Ambos hombres se reúnen en torno a una comida que se podría calificar como sacrificial, a la manera de los banquetes homéricos: “Había olvidado que el día siguiente era fiesta de guardar, recordé al huésped y a su perro, buscamos un cabrito, lo degollamos, quitamos la piel y carneamos...” (2012: 21-22). Mientras se asan las piezas y esperan, se produce una confianza, el visitante refiere sus dolores: “él me contó sin pormenores su pena y su destino.” (2012: 22)

Sus penas se iniciaron por el desamor y la traición. Su experiencia, para la cual no encuentra “consuelo ni respuesta” (2012: 23), es calificada de “tragedia”.

Entre sus opciones estaría el suicidio, como desafío a Dios, pero desecha esa falsa solución porque su pena tiene una causa arraigada en el mundo humano, pues sufre la culpa por la muerte de su hija. Tampoco le sirve ser mártir, porque ya no se cree en esa clase de actitudes y de sacrificios. No tiene posibilidad de



expiación. Cruzará la frontera para seguir sin rumbo. El lector se pregunta si este hombre podría purificarse en el desierto, “limpio de corrupción”.

No puede atisbar la belleza del mundo. Este personaje refleja y encarna la tristeza del mundo.

Cuando finaliza el relato fragmentario de la llegada y el tránsito del “hombre que vino del río”, se pasa a otro relato, pero la historia inconclusa en ese capítulo anterior es un tema de reflexión para el narrador (escritor), que vuelve a nombrarla como “tragedia del hombre del río” (2012: 26).

En un párrafo que sintetiza notoriamente lo que se había venido planteando y el contexto ideológico que encuadra su visión del hombre actual, dice el narrador: “El ser humano ha dejado de ser agonista, solamente se adapta”, es un “ser alienado”; pero es el “héroe de la época” (2012: 26).

A diferencia de la actitud agonística del héroe Odiseo (Zecchin 2004: 85), la carencia de “agonismo” del “hombre que vino del río” se expresa en la indiferencia ante lo que le acontece y en la pasividad de dejarse llevar por el azar.⁷

Al otro, desconocido, extraño, le cuenta la pena reveladora de la verdad interior de sí mismo, aunque no encuentre consuelo.

Ha desechado tanto el suicidio como el auto sacrificio en el martirio, actitudes que implican que el hombre decida su destino por sobre los demás y hasta sobre su Dios, lo que delimita su identidad, no agonística, en la de un hombre doliente sometido a los vaivenes de una existencia errante, como la de Odiseo, pero sin heroísmo ni triunfo al final del recorrido.

La identidad se ciñe a una “triste historia”.

⁷ En un trabajo anterior también planteamos (Liñán 2014: 642), con respecto a Lucas, su carencia de “agonismo”.



BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, W. (1991) "El narrador", en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid: 114-134.
- DE JONG, I. (2004) *A Narratological Commentary on the Odyssey*, Cambridge.
- LIÑÁN, A. (2008) "La miel y las abejas: su simbología. De los mitos grecolatinos a *La belleza del mundo* de Héctor Tizón", en *Actas del XX Simposio Nacional de Estudios Clásicos: Discurso, Imagen y Símbolo. El mundo clásico y su proyección*, Córdoba, edición en CD.
- (2014) "Odisea en *La belleza del mundo*: el viaje como fuga y el retorno como reparación", en ASSIS, M. E. y C. E. LOBO (comps.) *Significación y resignificación del Mundo Clásico Antiguo*, XXII Simposio Nacional de Estudios Clásicos, San Miguel de Tucumán: 637-643.
- ZECCHIN DE FASANO, G. (2004) *Odisea: Discurso y Narrativa*, La Plata.

Ediciones:

- MURRAY, A. T. (1945) *Homer. The Odyssey*, Cambridge-London.
- TIZÓN, H. (2001) *A un costado de los rieles*, Buenos Aires.
- (2004) *La belleza del mundo*, Buenos Aires.
- (2006) *Cuentos completos*, Buenos Aires.
- (2012) *Memorial de la Puna*, Buenos Aires, Alfaguara.

Léxicos y diccionarios:

- BAILLY, A. (1993) *Dictionnaire Grec-Français*, Paris.
- LIDDELL, H. G. & SCOTT, R. (1940) *A Greek English Lexicon*, Oxford.
- SEBASTIÁN YARZA, F. I. (1964) *Diccionario Griego-Español*, Barcelona.
- SLATER, W. (1969) *Lexicon to Pindar*, Berlin.